

Contrastando las perspectivas europeas oriental y occidental sobre el nacionalismo*

JOHN COAKLEY

University of Limerick, Irlanda

Introducción

Uno de los desarrollos más llamativos en la historia política de Europa a comienzos de los años noventa, al menos a primera vista, ha sido el contraste entre las zonas oriental y occidental del continente por lo que se refiere a la suerte del Estado establecido. En la zona occidental, 12 Estados firmaron un acuerdo en Maastricht el 7 de febrero de 1992, con el propósito de aumentar de manera considerable los poderes de las instituciones de la Comunidad Europea y transferir a las mismas áreas complementarias que hasta ahora han sido coto de los gobiernos nacionales. En cierto e importante sentido, donde antes había 12 Estados pasará luego a haber uno. En el Este, en una evolución claramente divergente, la Unión Soviética se disolvió formalmente el 26 de diciembre de 1991, y Checoslovaquia el 1 de enero de 1993, mientras que la comunidad internacional reconocía la secesión de cuatro de las repúblicas de Yugoslavia en 1991-92. Donde antes había tres Estados, hay actualmente 22.

Es verdad que esta generalización simplifica demasiado la situación. Por una parte, la integración de Europa occidental se ha desarrollado junto a un movimiento significativo hacia la autonomía regional. Hasta Francia, tradicionalmente uno de los Estados más centralizados de Europa, ha avanzado en dirección a la regionalización, mientras que la protesta nacionalista en las regiones periféricas de España ha originado una ambiciosa reforma del Estado, el Reino Unido se enfrenta al desafío del nacionalismo escocés, y las Faroes vienen afirmando cada vez más su independencia de Dinamarca. Lo más significativo de todo: en el propio corazón de la CE, Bélgica corre el riesgo de desmembrarse poco a poco. Por otra parte, el desplome en Europa oriental no sólo de tres Estados que llevaban largo tiempo establecidos, sino también de los mecanismos institucionales para la cooperación económica regional —el Consejo de Ayuda Económica Mutua—, ha ido acompañado de nuevos intentos por parte

* Ésta es sustancialmente una versión revisada de un trabajo presentado en el taller sobre «Minorías territoriales en la política europea contemporánea», dentro de las Sesiones Conjuntas Anuales del Consorcio Europeo para la Investigación Política, celebradas en la Universidad de Bochum del 2 al 7 de abril de 1990.

Trad. del original especialmente escrito para este número de la *RIFP* de Juan García-Morán.

de los Estados allí presentes para reordenarse con la CE. Así, Checoslovaquia, Hungría y Polonia ya han firmado acuerdos de asociación con la CE, mientras que Bulgaria y Rumanía se hallan ante el consiguiente proceso de petición (Reinicke, 1992: 79-109).

Con todo, parece claro que el nacionalismo ha tenido una significación más bien diferente en las dos partes del continente. El propósito de este artículo es explorar ciertos aspectos de esta diferencia. Tras una presentación inicial del problema en la próxima sección, las dos secciones siguientes analizarán respectivamente las relaciones entre las nacionalidades de importancia secundaria [*subordinate nationalities*] y el Estado en Europa oriental y occidental. La sección final presenta algunas observaciones acerca del modo en que los Estados de las dos partes de Europa han respondido, al menos en un primer momento, a la cuestión de la heterogeneidad cultural.

Dos perspectivas acerca del nacionalismo

Por lo que hace a la literatura sobre el nacionalismo, se ha aceptado durante mucho tiempo la distinción entre las concepciones «oriental» y «occidental» de la nación. En su forma más simple, esta distinción ha sido claramente articulada como una dicotomía entre el nacionalismo «occidental», basado en una sensación de territorialidad compartida, una tradición de vida bajo un gobierno común y la adhesión a unos símbolos convenidos, y el nacionalismo «no occidental», basado en una sensación de pertenencia a un grupo cultural que se ha desarrollado orgánicamente, identificado típicamente por su posesión de una lengua común característica (Kohn, 1946). Esta dicotomía, utilizada frecuentemente para explicar la distinción entre el nacionalismo en los viejos Estados de Europa occidental y en los más recientes Estados de Europa central y oriental, ha sido además ampliada para referirse a la distinción entre el nacionalismo del Occidente desarrollado y el del resto del mundo, y ha sido reducida para explicar la distinción entre el nacionalismo francés y el alemán. Corresponde también a la distinción entre nacionalismo «demótico» y «étnico» (Francis, 1976).

En realidad, aunque los rasgos característicos de la dicotomía que acabamos de mencionar se superponen en parte unos a otros, las interpretaciones respecto a cómo han de aplicarse varían: Alemania, por ejemplo, ha sido clasificada por distintos observadores de acuerdo con categorías tanto occidentales como orientales. Además, se ha argüido correctamente que el juicio de valor implícito en esta clase de dicotomías (una asociación entre democracia «occidental» y liberalismo, «no occidental» y autoritarismo) ha sido exagerada: así como las formas orientales pueden tolerar y apoyar a culturas minoritarias, así también las formas occidentales bajo su expresión jacobinista pueden resultar agresivamente asimilacionistas (véase Rothfels, 1956). Teniendo estos requisitos presentes, con todo no vale la pena examinar el grado en que las culturas

políticas europeas del Este y del Oeste han sido asociadas con distintos modos de enfocar la cuestión del nacionalismo y las minorías nacionales.

La fuente intelectual más clara de la dicotomía oriental-occidental puede hallarse al contrastar las concepciones de la «nación» en los escritos de Rousseau y Herder. Para el primero, expresando una ideología que llegó a ser popularizada por la Revolución Francesa, una nación es un grupo de individuos libres que consiente en ser gobernado como una unidad. Para el segundo, formulando una ideología que llegó a ser asociada con el movimiento romántico, una nación no es un mero grupo de individuos, sino una entidad orgánica con alma propia, diferenciada de otras naciones por una comunidad de cultura y, sobre todo, de lengua. En las regiones donde dominó la primera ideología, el Estado tendió a preceder a la nación: la nación francesa y la nación inglesa se formaron como consecuencia de muchas generaciones que compartieron la categoría de Estado. Donde dominó la segunda ideología, la nación tendió a preceder al Estado: la nación alemana se formó como consecuencia de una cultura compartida y a pesar de la fragmentación política, mientras que la aparición de la nación checa se atribuyó a factores parecidos, a pesar del hecho de que los checos habían poseído en común un Estado con alemanes, polacos y otros grupos.

Esta distinción entre concepciones voluntaristas y deterministas del carácter nacional no debería verse, claro está, como coincidente con una determinada frontera geográfica claramente —o incluso imprecisamente— definida. En realidad, elementos de ambas concepciones se encuentran tanto en el Este como en el Occidente europeos. Con todo, el reconocimiento de que una u otra de estas nociones pueda resultar dominante en una esfera geopolítica determinada, constituye un provechoso punto de partida para el análisis de ciertas de las acusadas diferencias presentes en las actitudes para con las minorías nacionales, que es posible identificar en las dos partes de Europa.

Si analizamos la evolución de los procesos de formación nacional y de construcción estatal en Europa durante el siglo pasado, apreciamos un fuerte contraste entre el Este y el Oeste. El mapa geopolítico de Europa occidental se ha modificado sólo en los márgenes durante este tiempo: Noruega se independizó formalmente en 1905 (en realidad había sido autónoma dentro de una doble monarquía sueco-noruega desde 1884 y, en un sentido formal, desde que se estableció su primera unión con Suecia en 1814); Islandia se independizó formalmente en 1944 (habiendo sido parte soberana de una unión dinástica con Dinamarca desde 1918); y la República de Irlanda apareció en 1949 (habiendo sido miembro independiente de la Commonwealth británica desde 1922). Para hallar cambios más trascendentales en el sistema estatal uno ha de remontarse a 1870, con la unificación de Alemania y la conclusión del proceso de unificación italiana. Dada la forma pacífica en que se libraron las relaciones sueco-noruegas y daneso-islandesas, el único punto importante de violencia étnica en Europa

occidental después de esta época fue la relación anglo-irlandesa. En otras partes, los Estados o eran monoétnicos o bien contenían minorías territoriales que estaban dispuestas a aceptar, si bien no necesariamente con entusiasmo, la legitimidad de las instituciones centrales.

En Europa central y oriental el punto de partida fue mucho más complejo y el proceso de cambio tuvo mayor trascendencia. Se pueden identificar cuatro fases: el periodo anterior a la primera guerra mundial, el periodo de entreguerras, el periodo posterior a la segunda guerra mundial y el periodo postsoviético. Durante el primer periodo, la Europa central y oriental estuvo dominada por tres imperios: el ruso, el austrohúngaro y el turco otomano, además de por la presencia en dicho lugar del Reino de Prusia y el Imperio Germano. En contraste con la facilidad con que las nacionalidades dominantes en los Estados europeos occidentales pudieron controlar sus periferias, las nacionalidades «estatales» de Europa central y oriental fueron muy inseguras. El que esta inseguridad estuviera al menos en parte justificada, quedó claro en el segundo periodo, que se inició con el nacimiento de nuevos Estados «nacionales». A pesar de la denominación «nacional», sin embargo, estos Estados contenían casi sin excepción importantes minorías nacionales en su interior. En el tercer periodo, el de la postguerra, los Estados «nacionales» mismos se hicieron más homogéneos, como consecuencia tanto de las nuevas alteraciones fronterizas como de los forzosos movimientos de población realizados a gran escala. Durante la cuarta fase, ha tenido lugar la mayor reestructuración territorial desde la primera guerra mundial, con el hundimiento de tres Estados multinacionales (la Unión Soviética, Checoslovaquia y Yugoslavia) y su sustitución por un gran número de Estados soberanos más pequeños.

Estas trayectorias opuestas en la evolución histórica se extienden, ciertamente, mucho más allá del dominio étnico, y no debe excluirse la posibilidad de que la diferente significación del nacionalismo en las dos partes del continente forme parte de un amplio paquete de tradiciones políticas divergentes. A los efectos presentes, no obstante, la discusión se va a limitar más explícitamente a la relación entre Estado y nación en las dos partes de Europa. Este análisis comienza con Europa oriental, un verdadero calidoscopio de nacionalidades, pero en el que los cambios siguieron pautas muy visibles, con frecuencia constantes y a veces previsible.

Nación y Estado en Europa oriental

El abundante material estadístico que permite al investigador examinar la afiliación nacional de la población de los Estados de Europa central y oriental, proporciona un adecuado punto de partida a fin de discutir las relaciones entre nación y Estado. Esta relación puede ser provechosamente estudiada desde el punto de vista de las cuatro etapas identificadas anteriormente.

Las relaciones entre Estado y nación en Europa oriental durante la *primera fase* (antes de 1914) están resumidas en el cuadro 1, que en cada caso identifica una «nacionalidad estatal». Con ello se pretende señalar la nacionalidad que fue políticamente dominante y proporcionó el núcleo de la élite gobernante. Como el cuadro muestra, ninguna de las nacionalidades estatales dispuso en esa época de una mayoría numérica. Dentro de la monarquía austro-húngara, la nacionalidad tradicionalmente asociada con el Estado, los alemanes, constituían menos de la cuarta parte de la población. Desde la partición del Imperio en 1867, sin embargo, las nacionalidades dominantes en las dos partes integrantes del mismo constituyeron una proporción más que considerable. En Austria, los alemanes representaban poco más de una tercera parte de la población, pero su insegura posición se vio protegida por la «compra» de la lealtad polaca mediante la concesión a los polacos de una efectiva autonomía. Mientras que esto contribuyó a neutralizar a los polacos en la encarnizada lucha checo-germana, no impidió a su vez que la monarquía se sirviera de las relativamente poco importantes fuerzas ucranianas como arma potencial contra sus dominadores polacos en Galitzia. En Hungría, tan sólo los croatas poseían la capacidad de liderazgo y la intención de amenazar la dominación magiar, pero representaban una proporción relativamente escasa de la población, y a través de enérgicas políticas asimilacionistas se acentuó la preponderancia numérica magiar.

El vasto imperio ruso comprendía un gran —aunque no menos indefinido— número de nacionalidades, de cuyos datos tan sólo unos pocos fueron recogidos en el censo de población. Según ciertos cálculos, existieron allí varios cientos de nacionalidades de tamaños muy diversos. Los rusos mismos constituían una minoría en su propio imperio, cuyas lejanas regiones se hallaban en

CUADRO 1. *Composición nacional de los tres imperios orientales c. 1900 (en porcentajes)*

<i>Imperio austrohúngaro, 1900</i>		<i>Imperio ruso, 1897</i>	<i>Imperio otomano c. 1876</i>
<i>Austria</i>	<i>Hungría</i>		
alemanes 35,8	húngaros 45,4	rusos 44,3	turcos 35,1
checos 23,2	rumanos 14,5	ucranianos 18,8	árabes 13,8
polacos 16,6	alemanes 11,1	polacos 6,3	rumanos 11,4
ucranianos 13,2	eslovacos 10,5	bielorrusos 4,7	búlgaros 7,8
eslovenos 4,6	croatas 8,7	judíos 4,0	serbocroatas 7,0
serbocroatas 2,8	serbios 5,5	tártaros 3,0	armenios 6,5
italianos 2,8	ucranianos 2,2	otros 18,9	griegos 5,5
otros 1,0	otros 2,1		albaneses 3,1
			otros 9,8

Fuentes: Kann, 1977, vol. 2, pp. 302-304; Rusia, 1905; Davison, 1977, pp. 29-30.

muchos casos ocupadas por nacionalidades minoritarias conscientes de su propia realidad. No obstante, si los rusos se agrupaban con sus parientes lingüísticos cercanos, los ucranianos y los bielorrusos, este grupo común eslavo representaba más de las dos terceras partes de la población del imperio.

Por lo que hace a los datos relacionados con el Imperio otomano, está claro que el periodo anterior a la descomposición del Imperio comenzó realmente en el último cuarto del siglo XIX. Serbia (autónoma desde 1830) y Rumanía (autónoma desde 1859) se convirtieron formalmente en Estados independientes en 1878; en el mismo año se concedió a Bulgaria la autonomía. Bulgaria se independizó formalmente en 1908, y Albania la siguió en 1913. Por aquel entonces, el carácter turco de lo que aún quedaba del imperio había aumentado enormemente.

Algunos de los rasgos más característicos de la *segunda fase* (1918-1945) ya habían, por tanto, aparecido en los Balcanes antes de 1918: Estados nacionales independientes dominados por mayorías étnicas conscientes de su propia realidad habían empezado ya a formarse. El periodo posterior a 1918, que también conoció ciertos reajustes territoriales importantes en los Balcanes, presenció la aparición de Estados nacionales en el resto de Europa central y oriental como consecuencia de la descomposición de los imperios tradicionales. Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania se separaron de la Rusia soviética; y Checoslovaquia rompió con Austria-Hungría, partes de cuyo territorio también pasaron a Italia, Yugoslavia, Rumanía y Polonia (este último Estado, por cierto, se compuso de partes procedentes de Rusia y Alemania, así como también de Austria).

A pesar de que todos los nuevos Estados se consideraron Estados «nacionales», ninguno fue enteramente monoétnico. Excluyendo a tres Estados donde las minorías nacionales fueron insignificantes (Austria, con un escaso número de eslovenos y otros grupos; Hungría, con unos pocos alemanes, eslovacos y otras minorías; y Albania, con una pequeña minoría griega), las mayorías étnicas «estatales» de los nuevos Estados, si bien variaban en la proporción de su dominación numérica, en ningún caso pasaban del 90 % de la población, como puede verse en el cuadro 2. Las nacionalidades dominantes más débiles de todas se hallaban en Yugoslavia y Checoslovaquia, pero pudieron subsistir logrando coaliciones con grupos étnicamente próximos. Para los serbios esto significó sostener, de acuerdo con la tradición ortodoxa en lo referente a la afiliación religiosa, que su nacionalidad abarcaba también a los croatas católicos y a los musulmanes bosnios. Este argumento se vio facilitado por el hecho de que estos grupos hablaban una lengua común, el serbocroata, aun cuando se escriba manejando alfabetos distintos (los serbios el cirílico, los croatas el alfabeto romano). La estrecha relación lingüística entre checos y eslovacos permitió de manera semejante a los checos abogar por la existencia de una comunidad «checo-eslovaca», dentro de la cual, claro está, los checos desempeñaban un papel principal.

La situación en Letonia guarda cierta similitud con esto. El 73 % de los presentados en el cuadro 2 como «letones» incluía una importante minoría, espacialmente concentrada, que (a diferencia de los propios letones, que eran luteranos) era tradicionalmente católica y hablaba un dialecto distinto, el latgalo [*latgallian*]. Así como los dirigentes checos prometieron reconocer la singularidad eslovaca a nivel administrativo concediendo autonomía a Eslovaquia, así también la inclusión de los latgalos [*latgale*] en Letonia fue facilitada por la promesa de los dirigentes letones de reconocer la singularidad latgala. En ambos casos, como ocurriera en Yugoslavia, el tamaño de las otras minorías na-

CUADRO 2. *Minorías nacionales en los Estados de Europa central y oriental c. 1930 (en porcentajes)*

<i>Estado</i>	<i>Nacionalidad estatal</i>	<i>Otras nacionalidades</i>
Yugoslavia, 1931	serbios 41,0	croatas 24,1; eslovenos 8,2; etnia musulmana 6,7; macedonios 5,0; albaneses 3,6; húngaros 3,4; montenegrinos 2,7; otros 5,3
Checoslovaquia, 1930	checos 50,6	alemanes 22,5; eslovacos 15,6; magiares 4,9; ucranianos 3,9; judíos 1,4; otros 1,1
Polonia, 1931	polacos 68,9	ucranianos 10,1; judíos 8,6; «rutenos» 3,8; bielorrusos 3,1; alemanes 2,3; «tutejszy» 2,2; otros 1,0
Rumanía, 1930	rumanos 71,9	húngaros 7,9; alemanes 4,1; judíos 4,0; otros 12,1
Letonia, 1925	letones 73,4	rusos 10,5; judíos 5,2; alemanes 3,8; otros 7,1
Lituania, 1923-25	lituanos 80,1	judíos 7,1; alemanes 4,1; rusos 2,3; otros 6,4
Bulgaria, 1934	búlgaros 83,4	turcos 9,7; pomacos 2,2; otros 4,7
Estonia, 1922	estones 87,6	rusos 8,3; alemanes 1,7; otros 2,4
Finlandia, 1920	finlandeses 88,7	suecos 11,0; otros 0,3

Fuentes: Shoup, 1981; Coakley, 1986.

Notas: Los datos de las cinco primeras nacionalidades yugoslavas se han estimado sobre la base de la proporción total de serbocroatas en 1931 y sobre la distribución dentro de este grupo de serbios, croatas, macedonios, musulmanes y montenegrinos en 1945. En el caso de Polonia, los «rutenos» eran ucranianos; los «tutejszy» (literalmente, «los de aquí alrededor») eran principalmente bielorrusos. En Bulgaria, los datos de los «pomacos» fueron estimados sobre la base del número de musulmanes de habla búlgara.

cionales claramente diferenciadas actuó como un eficaz punto de apoyo a la hora de promover la cohesión de las coaliciones étnicas dominantes.

Las nacionalidades dominantes en los otros Estados no contaron con aliados de esta clase, pero su superioridad numérica fue suficiente como para asegurar que fueran ellas las que definieran el *ethos* del Estado: el polaco, el rumano, el búlgaro, el estonio y el lituano se convirtieron en las lenguas oficiales del Estado, en los dos últimos casos por vez primera (la lengua tradicionalmente oficial en Estonia fue el alemán, y en Lituania el polaco hasta la segunda mitad del siglo XIX, en que la rusa tomó el relevo). En Finlandia, donde la nacionalidad dominante se hallaba en la más sólida posición de todas, el nuevo Estado se convirtió formalmente en bilingüe, siendo reconocido el sueco como otra lengua igual del Estado más que como una lengua minoritaria.

Si la transición de la primera a la segunda fase en la formación de los Estados europeos orientales vino marcada por un movimiento hasta hacer coincidir las fronteras estatales con las fronteras nacionales, la transición de la segunda a la tercera fase tuvo que ver con los esfuerzos para asegurar que las fronteras nacionales coincidieran con las fronteras estatales. En otras palabras, durante la primera transición los tecnólogos del cambio fueron los geógrafos, que trazaron las modificaciones fronterizas; durante la segunda, dichos tecnólogos fueron los «ingenieros étnicos», que planificaron el traslado de pueblos enteros.

Caben, por supuesto, excepciones a esta generalización. Los cambios de frontera que siguieron a la segunda guerra mundial contribuyeron a hacer de Polonia una nación más homogénea en términos étnicos, al trasladar su frontera oriental hacia el oeste; también contribuyeron a apartar una importante minoría de Checoslovaquia, al separar la Rutenia subcarpatiana y transferirla a la Unión Soviética. Sin embargo, a partir de que la frontera occidental de Polonia fuera trasladada también hacia el oeste, vastas regiones de habla alemana quedaron incorporadas dentro del Estado polaco posbélico. También debería observarse que la transferencia de población no fue exclusiva de los convenios posteriores a 1945. Los «cambios» de población habían sido una característica de las relaciones entre los Estados balcánicos durante la década de 1920, con la transferencia de decenas de miles de turcos, griegos y búlgaros entre estos Estados.

La estructura étnica de los Estados durante la *tercera fase* (después de 1945) aparece resumida en el cuadro 3, el cual presenta su composición étnica unos quince años después del fin de la guerra. Pueden apreciarse los efectos de las políticas de asentamiento de población de los años cuarenta comparando este cuadro con el cuadro 2. Algunos de estos cambios, claro está, son consecuencia de los ajustes fronterizos antes mencionados: la desaparición de las minorías ucranianas de Checoslovaquia y Polonia, por ejemplo, y de la minoría bielorrusa en este último país. La disminución de las minorías alemanas, sin

embargo, de las cuales la de Checoslovaquia resulta la más dramática, fue consecuencia de las expulsiones del periodo de postguerra. La expulsión de Polonia de la minoría alemana tuvo lugar a una escala similar, sobre todo la de sus comarcas occidentales, aunque esto no queda reflejado en los cuadros debido a los cambios fronterizos. Las extensas regiones alemanas de Silesia, Pomerania oriental y otras partes de Prusia que fueron transferidas a Polonia después de la guerra fueron vistas como una amenaza a la identidad étnica del Estado polaco, pero la proporción de alemanes se redujo con gran rapidez.

Es preciso establecer otras dos salvedades. En primer lugar, la desaparición de las minorías alemanas no se produjo en todos los casos como resultado de una expulsión. Las minorías alemanas que estuvieron presentes durante muchos siglos en Estonia y Letonia se «restablecieron» en Alemania en 1939-40, no a causa de ninguna presión sobre ellas por parte de los gobiernos bálticos, sino más bien a causa de la política del Reich de procurar asegurar que todos los alemanes vivieran bajo un único gobierno. La disposición a favor de su traslado se hizo bajo los términos acordados entre el gobierno alemán y los gobiernos estonio y letón. En segundo lugar, la desaparición de las importantes minorías judías en ciertos Estados fue consecuencia de una política aún más bárbara dirigida contra toda una comunidad.

CUADRO 3. *Minorías nacionales en los Estados de Europa central y oriental c. 1960 (en porcentajes)*

<i>Estado</i>	<i>Nacionalidad estatal</i>	<i>Otras nacionalidades</i>
Yugoslavia, 1961	serbios 42,1	croatas 23,1; eslovenos 8,6; macedonios 5,6; etnia musulmana 5,2; albaneses 4,9; montenegrinos 2,8; húngaros 2,7; «yugoslavos» 1,7; otros 3,3
Letonia, 1959	letones 62,0	rusos 26,6; bielorrusos 2,9; polacos 2,9; otros 5,6
Checoslovaquia, 1961	checos 66,0	eslovacos 27,9; magiares 3,9; otros 2,2
Estonia, 1959	estones 74,7	rusos 20,1; otros 5,3
Lituania, 1959	lituanos 79,3	rusos 8,5; polacos 8,5; otros 3,7
Bulgaria, 1956	búlgaros 85,4	turcos 8,6; otros 6,0
Rumanía, 1956	rumanos 85,7	húngaros 9,1; alemanes 2,2; otros 3,0
Finlandia, 1960	finlandeses 92,4	suecos 7,4; otros 0,2

Fuentes: Shoup, 1981; Finlandia, 1985.

El resultado evidente que se produjo con estos cambios fue que la nacionalidad dominante aumentó en proporción a la población total en la mayoría de los casos. Sujeto no obstante a las salvedades que serán hechas más abajo, el aumento fue mayor en Polonia (donde los polacos saltaron del 69 % a una proporción tan alta, que se afirmó que ya no volvería a haber más una minoría significativa), seguida por Checoslovaquia (del 51 % al 66 %), Rumanía (del 72 % al 86 %), Finlandia (del 89 % al 92 %) y Bulgaria (del 83 % al 85 %). Debería advertirse que en ciertos casos los factores demográficos naturales también tuvieron su influencia. Algunas minorías que contaban con una posición social superior a la media, tendieron a tener una tasa de crecimiento natural inferior a la media: los hablantes suecos en Finlandia constituyen un ejemplo.

También presentan interés los tres casos en que la nacionalidad dominante disminuyó realmente en proporción a la población total. En las repúblicas bálticas que se incorporaron a la Unión Soviética en 1940, la rápida inmigración posbélica procedente de otras partes de la Unión, especialmente de la propia Rusia, debilitó la posición de la nacionalidad dominante. Esto se manifestó sobre todo en las repúblicas más desarrolladas económicamente, Estonia y Letonia.

La situación al comienzo de la *cuarta fase* queda resumida en el cuadro 4. Hacia finales de la década de 1980 otros dos Estados, Bulgaria y Rumanía,

CUADRO 4. *Minorías nacionales en los Estados de Europa central y oriental c. 1990 (en porcentajes)*

Estado	Nacionalidad estatal	Otras nacionalidades
Yugoslavia, 1991	serbios 36,2	croatas 19,7; etnia musulmana 9,8; albaneses 9,2; eslovenos 7,4; macedonios 5,8; «yugoslavos» 3,0; montenegrinos 2,3; húngaros 1,6; otros 5,0
Letonia, 1989	letones 52,0	rusos 34,0; bielorrusos 4,5; ucranianos 3,5; polacos 2,3; otros 3,7
Estonia, 1989	estones 61,5	rusos 30,3; ucranianos 3,1; otros 5,1
Checoslovaquia, 1989	checos 62,7	eslovacos 32,0; magiares 3,8; otros 1,5
Lituania, 1989	lituanos 79,6	rusos 9,4; polacos 7,0; otros 4,0
Finlandia, 1990	finlandeses 93,6	suecos 6,0; otros 0,4

Fuentes: *Anuario Europeo*, 1992; *Anuario Estadístico*, 1992-93.

coincidían con Polonia al sostener, al menos eso se deduce, que la cuestión nacional había quedado «resuelta»: el nacionalismo dejó de verse por más tiempo como un problema y ya no se recogió ninguna estadística sobre la afiliación nacional (a decir verdad, se estimó no obstante que la minoría turca en Bulgaria y los magiares en Rumanía representaban aproximadamente el 10 % de la población). Algunas de las tendencias de la primera fase continuaron: la disminución de la minoría de habla sueca en Finlandia, por ejemplo, y de las mayorías estonia y letona en dos de las repúblicas bálticas. Por otra parte, las nacionalidades tradicionalmente dominantes en Checoslovaquia y en Yugoslavia conocieron una relativa disminución. En el primer caso esto fue resultado de la mayor tasa de crecimiento de la población eslovaca; en Yugoslavia, el responsable del cambio fue el rápido crecimiento de los dos grupos islámicos más importantes (los musulmanes étnicos y los albaneses).

La característica más relevante de la cuarta fase no radicó, sin embargo, en estos cambios de crecimiento demográfico, sino más bien en la redefinición mucho más revolucionaria de las relaciones nación-Estado. En la Unión Soviética y en Checoslovaquia, el centro pareció perder la intención de dominar sobre sus periferias desde hacía tiempo establecidas, y la comunidad internacional pareció abandonar su interés por controlar las reacciones étnicas en cadena insistiendo en la conservación de las fronteras estatales existentes. Así, los checos permitieron a los eslovacos, de manera relativamente amistosa, seguir su camino por separado. En la Unión Soviética, la élite rusa no sólo se declaró a favor de la secesión de las repúblicas periféricas sino que, en una rara contradicción de la lógica del poder etnoterritorial, declaró la independencia de la Unión Soviética.

En Yugoslavia, por contra, la élite serbia luchó amargamente por defender la integridad del Estado existente, y las declaraciones de independencia por parte de Eslovenia y Croacia en junio de 1992 fueron seguidas de conflictos armados. Aún más problemático resultó el intento de secesión por parte de Bosnia-Herzegovina y de Macedonia a comienzos de 1992, cuestiones que no han sido todavía plenamente resueltas.

El resultado de este proceso supuso, así pues, una extraordinaria transformación del mapa geopolítico de la Europa central y oriental. La abundancia de datos de primera mano y el número de obras de análisis secundario centradas en el problema de las nacionalidades en Europa central y oriental, ha permitido la aparición de cierto grado de consenso en cuestiones de hecho y ha fomentado algunos conflictos importantes en cuestiones de interpretación. Mientras que las posibilidades de explicación causal puede que continúen siendo difíciles de hallar, las posibilidades de generalización por lo que respecta a las vías que va a seguir el desarrollo de las relaciones interétnicas en esta parte de Europa están relativamente bien fundadas. Podemos pasar ahora a examinar la situación en la otra parte del continente.

Nación y Estado en Europa occidental

Cualquier intento por describir la relación producida entre nación y Estado en Europa occidental, siguiendo el mismo esquema que el utilizado en el último apartado, sería artificial. En primer lugar, está claro que en este caso el principio subyacente ha sido más bien una lenta evolución que una diferenciación en cuatro fases claramente definidas. En segundo lugar, mientras que las fronteras estatales han permanecido claramente definidas y estables, las fronteras de las nacionalidades han sido imprecisas y variables —en perfecto contraste con la situación en Europa central y oriental—.

El primero de estos puntos ha sido discutido más ampliamente arriba. El segundo surge de modo concluyente de cualquier mero esfuerzo por proporcionar una descripción estadística de las minorías nacionales de Europa occidental, bien en cualquier época o en una época determinada. El mero intento de catalogar estas minorías puede demostrar esto. La dificultad inmediata para ello reside en que no existe ninguna obra de referencia estándar o guía de datos en la que podamos encontrar la respuesta a esta cuestión. Si por contra nos dirigimos a las obras secundarias, obtenemos un cuadro desconcertante. Ésta es al menos la conclusión que se extrae de un examen de diez obras dedicadas a este tema, tres de ellas pertenecientes al periodo de entreguerras y las siete restantes a los años 1970 o siguientes.¹ No todos los enfoques considerados en este examen son estrictamente comparables. Unos se limitan a las minorías lingüísticas, otros a las minorías «nacionales» o «regionales», y alguno circunscribe más su centro de atención a las minorías nacionales que han sido políticamente movilizadas. Dado que toda minoría nacional tiende a ser asociada con una lengua particular (viva, moribunda o muerta), esta forma de agrupamiento resulta empero legítima. Podemos continuar ahora considerando los problemas planteados por las divergentes listas de catalogación de minorías europeas occidentales recogidas en estas obras y por los distintos criterios de identificación minoritaria.

En unos casos, el grupo minoritario aparece claramente definido, ya que constituye la mayoría dentro de otro Estado. Ejemplos de esto serían las minorías alemanas en Dinamarca, Bélgica e Italia. En otros casos, la minoría posee estas mismas conexiones, sólo que se define por un nombre distinto al del grupo dominante dentro del Estado con el que está culturalmente relacionado; tiende a ser vista en este caso como un grupo de *status* inferior. Representan ejemplos de esto la minoría de habla holandesa en Windhoek, Francia (con la minoría flamenca), la minoría de habla alemana en Alsacia (alsaciana) y la minoría de habla francesa en el Valle de Aosta en Italia (aostana). Por último, existe un grupo muy numeroso y dispar de minorías que no están relacionadas con el grupo principal de ningún Estado. Éstas abarcan desde grupos tales como los catalanes, que disfrutaban de un apoyo oficial político y administrativo muy

apreciable, hasta los corsos, cuya existencia como minoría nacional al margen de las opiniones de los etnólogos no deja de ser una cuestión abierta.

Además de la amplia gama que abarcan por lo que se refiere al tamaño absoluto, tamaño relativo, grado de singularidad cultural, nivel de reconocimiento oficial y *status* social, estas minorías difieren también en un sentido geopolítico. Mientras algunas, tales como los bretones, están encerradas en un único Estado, otras atraviesan fronteras internacionales: los vascos y catalanes, que se extienden sobre la frontera franco-española, ofrecen evidentes ejemplos. Bastante más difícil de clasificar es el caso de Frisia: los frisones son percibidos por lo general no como un grupo que se extiende sobre la frontera germano-holandesa, sino más bien como dos grupos separados, uno en cada país (algunos establecen una mayor distinción, dividiendo a los frisones de Alemania en dos pequeños grupos). La relación entre ladinos y friulanos en Italia, por un lado, y retorrománicos en Suiza por el otro, plantea dificultades similares: ¿cuán grandes tienen que ser las diferencias lingüísticas y sociolingüísticas para que tres diferentes formas de habla sean consideradas como lenguas distintas más que como dialectos de la misma lengua?

Debería señalarse entre paréntesis que, al menos a primera vista, los resultados de estos intentos de enumerar las minorías nacionales en Europa occidental son contrarios a la tendencia desarrollada en Europa oriental. Esto resulta del hecho de que, sobre la base de las obras arriba mencionadas, el número de minorías en el Occidente europeo parece, si cabe, haber aumentado desde el periodo de entreguerras. Entre los grupos identificados más recientemente figuran los de la Romaña, los occitanos y los de Cornualles. Debe tenerse presente, no obstante, una consideración decisiva: las minorías regionales a menudo sólo existen a los ojos del observador. Es difícil imaginar que en los tres casos que acabamos de mencionar la singularidad cultural sea mayor ahora de lo que fue en las décadas de 1920 y 1930. Por el contrario, ocurre muchas veces que los efectos homogeneizadores de centralización y estandarización que provocan la llamada de atención sobre las comunidades lingüísticas o demás comunidades en peligro de extinción, así como sobre la propia decadencia lingüística, pueden paradójicamente tener conexión con la creciente autoconciencia del grupo.

La dificultad que simplemente supone el identificar las minorías nacionales en Europa occidental representa, así pues, un claro elemento de contraste con Europa oriental. Este contraste se hace más ostensible si pasamos a la segunda etapa e intentamos cuantificar el tamaño de estas minorías. Los resultados de una encuesta promovida por la Comisión de la Comunidad Europea en asuntos de minorías lingüísticas ilustran este punto. La deprimente situación queda mejor resumida en palabras de la encuesta misma:

El presente informe refleja inevitablemente el estado actual de conocimiento en el campo de las minorías lingüísticas dentro de la CEE. Este conocimiento está

en realidad muchas veces limitado por la casi total inexistencia de regulaciones oficiales rigurosamente establecidas. Existen también frecuentes contradicciones en las valoraciones cuantitativas, y una escasez de centros para la coordinación de la información. [...] No hay *ningún* estudio, entre los estudios generales disponibles hoy día sobre minorías lingüísticas en la Comunidad Europea, que no contenga errores, valoraciones equivocadas, inexactitudes, omisiones, etc. [European Communities, 1986: 1].

Si bien esta cita alude a la literatura sobre minorías lingüísticas, el grado de imbricación entre ésta y la literatura sobre minorías nacionales hace que la crítica se extienda también a esta última. Tres rasgos concretos de esta literatura son motivo de preocupación, como pueden mostrar los datos de la investigación promovida por la Comisión.

En primer lugar, como ocurre en el caso de la mayoría de las investigaciones acerca de las minorías lingüísticas de Europa occidental, se hace poco esfuerzo para establecer el número de hablantes con exactitud. A falta de datos oficiales procedentes de los censos de población (ellos mismos de ningún modo son fiables en todos los casos) las estimaciones son sumamente difíciles de alcanzar, como puede apreciarse con las grandes fluctuaciones que se producen en las estimaciones del número de hablantes del bretón, occitano y sardo, por ejemplo. (El informe de la Comisión de la CE da dos estimaciones para el número de hablantes del sardo —¡158.000 y 1.200.000!—.)

En segundo lugar, aun cuando el censo de población trate de examinar la cuestión de la lengua de manera coherente, los informes basados en cifras oficiales pueden llevar a conclusiones erróneas. En esto cabe destacar el caso de la lengua irlandesa. El documento de la Comisión da cuenta de una minoritaria comunidad de lengua de unos 789.000 hablantes de irlandés, siguiendo los resultados del censo de población de 1971. Debería señalarse que esta «minoría» no es de habla irlandesa en el sentido en que los europeos continentales podrían esperar interpretar la expresión: casi todos sus miembros son hablantes vernáculos del inglés que usan exclusivamente el inglés como lengua coloquial y formal. Lo que les diferencia de los monolingües de habla inglesa es un mínimo grado de competencia en irlandés, adquirido en la escuela. Sólo aproximadamente el 1 % de la población usa coloquialmente el irlandés. Si la pregunta del censo acerca del conocimiento de la lengua irlandesa fuera extendida hasta abarcar otras lenguas, la importante minoría de habla francesa en Irlanda (quizá un 5 % ha adquirido cierta familiaridad con esta lengua en la escuela) tendría también que ser tomada en cuenta. Los 350 hablantes de la lengua (celta) de la Isla de Man que según se dice todavía existen (Straka, 1970: 55), están incluidos en una categoría similar: la lengua ha tardado mucho tiempo en extinguirse como medio de comunicación convencional.

En tercer lugar, las dos dificultades que acabamos de comentar se ven agravadas por problemas de definición. Éstos presentan dos aspectos. Por un lado, como ya se mencionó, puede resultar difícil determinar qué grupos han de ser incluidos. Un ejemplo oportuno sería el caso de la minoría polaca en la República Federal de Alemania. Su inclusión en la investigación promovida por la CE plantea interrogantes acerca de la exclusión de otras minorías de inmigrantes, tales como los asiáticos en Gran Bretaña y los turcos en Alemania (la minoría polaca en cuestión es una minoría inmigrante, concentrada principalmente en el distrito del Ruhr). Por otro lado, es posible que no sea fácil de establecer la demarcación exacta entre los miembros que pertenecen a la minoría y los que no pertenecen a la misma. No todos los miembros de la población de una región administrativa se identifican necesariamente con la lealtad local, regional o nacional: la cuestión no es por lo general una simple cuestión de identificación contra no-identificación, ya que es probable que estas actitudes se sucedan de manera continua. Incluso en el caso de la lengua, las demarcaciones pueden resultar difusas: la frontera entre los hablantes del occitano y los hablantes del francés, por ejemplo, no es fácil de trazar.

Así pues, para el investigador familiarizado con las herramientas de análisis étnico disponibles en Europa oriental, la situación en Europa occidental representa una desconcertante decepción. A pesar del mayor nivel de desarrollo económico y social que existe en la zona occidental y de contar desde hace más tiempo con censos y otros instrumentos de medición social, los datos estadísticos acerca de las minorías lingüísticas y nacionales son escasos y de dudosa credibilidad. ¿Por qué, debemos preguntarnos ahora, ha de ser éste el caso?

El contraste entre las concepciones de la nación: implicaciones prácticas

Como ha podido quedar claro hasta ahora, uno de los contrastes más evidentes entre la Europa oriental y occidental es la gran significación del nacionalismo en cuanto amenaza para el Estado en el primer caso y su relativa debilidad en el segundo. Esto se refleja en la manifiesta precisión de las estadísticas sobre la lengua y la nacionalidad en el Este, lo que posibilita logaritmos bastante exactos de modelos de cambio, y la falta de cualquier precisión de este tipo en el Occidente, lo que hace que el cambio sea difícil de medir. Esto está relacionado, consiguientemente, con una larga tradición de intentos de medir la afiliación lingüística y étnica en el Este, una tradición que ha sido mucho más débil, o incluso inexistente, en el Occidente, y que puede tener que ver con dos aspectos de las contrapuestas concepciones oriental y occidental acerca de la nación: la naturaleza de la tradición estatal y la naturaleza de la identidad de la minoría.

La tradición estatal

Este primer elemento se halla en la larga tradición europea occidental del Estado centrado en el individuo, el cual ha sido marcadamente renuente a reconocer la existencia de grupos subestatales. Esto no sólo ha impedido o socavado la identidad de las minorías territoriales; políticas de no-reconocimiento oficial han hecho también que sea muy difícil para los investigadores identificar los grupos subestatales, medir su tamaño y determinar sus fronteras.

En los tres imperios discutidos en el cuadro 1, se llevaron a cabo numerosos intentos no oficiales durante el siglo XIX para lograr estimaciones en la composición étnica del Estado. Desde 1880 en adelante se incluyó un apartado sobre la lengua en el censo efectuado cada diez años en Austria; y se incluyó otro apartado sobre la lengua en el único censo para todos los rusos realizado antes de 1917 en 1897 (un censo efectuado anteriormente en las provincias bálticas en 1880 incluía también un apartado sobre la lengua, tal como había ocurrido con los censos parciales llevados a cabo en las ciudades bálticas en 1867-71). La tradición de una pregunta del censo acerca del uso de la lengua se extendió también a ciertos Estados limítrofes con poblaciones mixtas (Alemania y Suiza), y fue proseguida en los Estados que sucedieron después de 1918. En el Imperio otomano, sin embargo, donde el sistema *millet* otorgó prioridad a la religión antes que a la lengua como fuente de división social y política, no tuvieron lugar los correspondientes desarrollos, aunque el grupo más que el individuo continuó siendo durante mucho tiempo el elemento dominante en las relaciones sociales.

Por lo que respecta a la zona occidental, el único Estado cuyo censo contenía un apartado sobre el uso de la lengua fue Bélgica. Aquí ya, sin embargo, resultó más difícil interpretar la cuestión como una medición del tamaño de las comunidades lingüísticas; de hecho la información de los censos belgas versa más sobre el conocimiento que el uso de las lenguas. Incluso aquí, el último censo a través del cual se ofrecieron datos lingüísticos fue el de 1947; a pesar de que en 1961 se presentó un apartado sobre la lengua, políticamente el conflicto metodológico que se originó respecto a la forma en que debería ser presentado el resultado llevó a un callejón sin salida, y los resultados no salieron a la luz. En Irlanda, Escocia y Gales, los apartados del censo original también pedían datos acerca del conocimiento de la lengua, una cuestión que presentaba un valor limitado al hacer deducciones acerca de la afiliación de una determinada comunidad lingüística. En los Estados lingüísticamente más heterogéneos de Europa occidental, España y Francia, no se ha requerido en absoluto ningún apartado sobre la lengua.

Si el carácter de la tradición estatal europea en la zona occidental ha impedido, por consiguiente, los intentos de medir el tamaño de las comunidades lingüísticas, aún ha resultado peor con los esfuerzos de evaluar la afiliación

nacional. Fundamentalmente, los únicos criterios utilizados en las estadísticas occidentales que versan sobre las minorías nacionales han sido aquellos que tienen que ver con la región de residencia o el lugar de nacimiento. Las lenguas occidentales parecen sufrir una serie de defectos léxicos cuando se presenta la cuestión de la terminología etnonacional.

Los especialistas en etnolingüística sostienen que la realidad de las estructuras del lenguaje conforma nuestras percepciones del mundo externo; a modo de contraargumentación, se podría también sugerir que el lenguaje más que influir refleja la realidad social. Cualquiera que sea la relación causal, existe una estrecha relación entre la ambigüedad y la confusión lingüísticas respecto de la etnicidad en Europa occidental, mientras que en Europa oriental la claridad de la terminología tiende a asociarse con el acuerdo en cuanto a las percepciones de la realidad externa.

En las lenguas de Europa central y oriental, tal como se refleja en el uso oficial así como en el coloquial, se distingue claramente entre «nacionalidad política», o ciudadana, y «nacionalidad étnica», un sentido de pertenencia a una determinada comunidad nacional subjetivamente definida o heredada. Esta distinción —*grazhdanstvo* v. *narodnost* (o *nationalnost*) en Rusia, *Staatsangehörigkeit* v. *Volkszugehörigkeit* (o *Nationalität*) en Alemania— se traduce con poca dificultad de una lengua europea central u oriental a otra. Cuando nos trasladamos a Europa occidental, sin embargo, el mismo término tiende a desempeñar ambas funciones. Aunque el término «ciudadanía» existe en inglés, su significado se representa normalmente por medio de la palabra «nacionalidad», que de este modo remite tanto a los dominios político-legales como étnicos. Una dificultad parecida se aprecia en su equivalente francés, *nationalité*.

Características de la minoría

Este segundo elemento está relacionado con las características «objetivas» de la minoría. Podemos considerar cuatro aspectos en los que el carácter de las minorías nacionales en Europa occidental dificulta la propia descripción científica de la minoría. Ninguno de estos aspectos se limita a Europa occidental, pero todos se perciben más claramente allí que en Europa oriental.

El primer problema radica en el grado en que una versión codificada de una lengua nacional minoritaria puede ser identificada como una lengua independiente. Mientras que es relativamente fácil identificar relaciones intralingüísticas por medio de un «árbol genealógico» de las lenguas (véase, por ejemplo, Laponce, 1987: 55), resulta equivocado establecer una analogía implícita con seres humanos. Puede que haya un sentido en el que las relaciones entre las lenguas puedan compararse con aquéllas entre hermanos, primos hermanos o primos segundos; pero la identidad física claramente definida y el linaje del ser humano no tiene paralelo en el caso de ninguna lengua. La distancia entre

determinadas lenguas «hermanas» varía enormemente, tanto que no siempre queda claro cuán grande debe ser esta distancia para que dos formas de habla lleguen a identificarse como lenguas independientes. Dos ejemplos de esta dificultad ya han sido citados anteriormente: el caso de Frisia y la relación entre ladinos, friulanos y retorrománicos.

En segundo lugar, existe una considerable variación en el grado en que una minoría nacional usa «su propia» lengua. Cornwall ha definido los polos de esta variación entre allí donde nadie la usa y, por ejemplo, el área alemana de Bélgica, donde todos la usan. En medio de éstos están casos tales como Irlanda, donde sólo alrededor del 1 % de la población usa la lengua «nacional», seguidos de Gales, Bretaña y el País Vasco, donde la cifra puede estar alrededor del 20 %, hasta Cataluña, donde una mayoría usa la lengua. Los modelos de lengua utilizados pueden proporcionar, por consiguiente, una guía imperfecta para la ubicación de las fronteras de una minoría nacional.

En tercer lugar, puede que los criterios históricos tampoco nos valgan como criterio de definición. Mientras es cierto que muchas minorías se identifican con un así llamado «territorio histórico nacional», muchas otras no lo hacen. En modo alguno queda claro, por ejemplo, dónde se sitúan exactamente las fronteras de Occitania. Incluso en el caso de minorías territoriales que utilizan argumentos históricos para trazar sus fronteras, dichas fronteras pueden resultar ambiguas. ¿Puede Bretaña, por ejemplo, conservar su identidad sin el *département* de la Loira-Atlántica, o el País Vasco sin Navarra?

En cuarto lugar, analizar el componente de afiliación de una comunidad nacional minoritaria puede resultar inadecuado. Una población local puede identificarse con el «territorio» local, pero también es probable que se identifique con niveles superiores e inferiores a éste. En efecto, la evidencia del análisis muestra que la diferencia a este respecto entre regiones habitadas por «minorías nacionales» y otras regiones, no es ni con mucho tan grande como pudiera esperarse. En Europa occidental las encuestas realizadas han intentado medir la afiliación geográfica, pero con dudoso éxito. En Cataluña, el País Vasco, Bélgica, Suiza, Gales, Escocia e Irlanda del Norte, las encuestas demandadas han sido formuladas para señalar la comunidad con la que se identifican más fuertemente. Las respuestas rara vez han mostrado el tipo de consenso que existe de manera patente en Europa del Este; las afiliaciones tienden a multiplicarse y solaparse más que a ser únicas y excluyentes. Esto puede deberse, en parte, a una consecuencia de la sutileza con la que los encuestadores abordan el problema al utilizar un cuestionario pormenorizado, pero refleja a su vez los más bien rudos instrumentos lingüísticos de que disponen los estudios de los investigadores occidentales en el área de la etnicidad. Por ejemplo, si unos protestantes de Belfast se describen como «Ulster», otros como «irlandeses» y los demás como «británicos», no resulta fácil determinar si tienen en mente la nacionalidad étnica, la situación geográfica o la ciudadanía formal (véase Coakley, 1992).²

Conclusión

La situación paradójica se halla, así pues, en que la respuesta de las élites políticas y administrativas europeas occidentales al problema de la heterogeneidad nacional y lingüística ha consistido durante mucho tiempo simplemente en ignorarlo, a pesar de la existencia de un mecanismo desde hace tiempo establecido para la obtención de estadísticas sociales, que podrían ser utilizadas para proveer un nítido cuadro de la situación; sus homólogos de Europa oriental, con una infraestructura significativamente menos desarrollada para la obtención de estadísticas sociales, han dado prioridad a la recolección de datos sobre la lengua y la etnicidad. Debe añadirse en este punto, claro está, que no todos los esfuerzos de este tipo satisfacen los más altos estándares de neutralidad política y de objetividad científica: en algunos casos se han declarado importantes abusos por parte de miembros de grupos étnicos minoritarios.

Con todo, se ha pretendido dejar claro en este artículo que existe una diferencia de perspectiva más fundamental que da cuenta de estos enfoques contrapuestos. Ya se trate de una consecuencia del mosaico étnico que constituye la Europa central y oriental o de un factor que contribuye a su preservación, la comprensión más determinista y excluyente de la etnicidad en Europa del Este, con sus profundas fuentes intelectuales del siglo XVIII, destaca sobre la comprensión más voluntarista e integradora del mismo concepto en Europa occidental. Aunque la realidad étnica y las percepciones oficiales o burocráticas y las decisiones administrativas tiendan a relacionar una con otra de manera simbiótica, se ha dado por sentado que las dos tradiciones han ido diferenciándose mucho más con el tiempo.

Aunque el científico social pudiera encontrar gratificante la abundancia de datos tal parece que precisos sobre la cuestión nacional en Europa del Este, resulta apropiado, para finalizar, preguntarse por lo acertado de intentar obtener de los individuos tal decisión sobre su afiliación nacional. Como advirtieron dos autores húngaros hace más de cincuenta años,

Los censos imponen declaraciones y determinan actitudes de personas que, de otra manera, podrían haber servido como lazos de unión entre grupos divergentes de seres humanos —sobre todo entre nacionalidades diferentes a las que se hallan unidos por vínculos familiares—. La ciencia y la política europeas nunca habían clasificado, definido y analizado tanto durante el siglo XIX —un proceso a través del cual las ricas y valiosas síntesis de vida fueron tan a menudo hechas pedazos— a las personas mencionadas que, junto con los grupos transitorios de seres humanos, bien pudieron haber sido utilizadas con el fin de eliminar el antagonismo [Teleki y Rónai, 1937: 28].

Mientras que esta opinión puede verse como compatible, en efecto, con el centralismo de estilo jacobino, en una era de conflicto étnico y nacionalista se

plantean problemas acerca de la tensión entre las necesidades de los investigadores y los intereses de los programadores políticos, que las perspectivas contrapuestas de Europa oriental y occidental sobre la cuestión nacional contribuyen a resaltar.

NOTAS

1. Estas obras son: Auerhan, 1926; Ethnopolitischer Almanach, 1931; Junghahn, 1932; Straka, 1970; Stephens, 1976; Allardt, 1979; Blaschke, 1980; Haarmann, 1983; European Communities, 1986; y Breathnach, 1991.

2. El contraste con Europa oriental aparece vivamente en esas encuestas del censo que proporcionan cuadros que clasifican la lengua según la nacionalidad étnica. Los resultados no son por lo general sorprendentes, y muestran una relación muy estrecha entre estas dos variables. En Letonia en 1930, por ejemplo, casi todos los identificados como étnicamente letones hablaban la lengua letona (el 97,6 %), y casi todos los hablantes del letón se identificaban por ser étnicamente letones (el 97,8 %). Para otros grupos dentro de Letonia las proporciones resultaron también altas, aunque tendieron a bajar a medida que los tamaños relativos y absolutos de las minorías disminuían (por ejemplo, para los rusos las cifras respectivas fueron el 96,5 % y el 77,4 %, y para los alemanes el 88,6 % y el 76,5 %); llegaron a encontrarse resultados parecidos en otros países. Los resultados del último censo soviético muestran que poco ha cambiado la cosa: el 95,5 % de los estones consideran el estón como su lengua madre; las cifras correspondientes a otras nacionalidades típicas fueron letones el 94,8 % y lituanos el 97,7 %. Hay dos casos de desviación: los ucranianos, con el 81,1 %, y los bielorrusos, con el 70,9 %.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLARDT, Erik: *Implications of the ethnic revival in modern, industrialised societies*, Helsinki, Societas Scientiarum Fennica, 1979.
- AUERHAN, Jan: *Die sprachlichen Minderheiten in Europa*, Berlín, Hensel, 1926.
- BLASCHKE, Jochen (ed.): *Handbuch der europäischen Volksgruppen*, Francfort, Syndikat, 1980.
- BREATHNACH, Diarmuid (ed.): «Our Community's lesser used languages», n.º esp. de *Contact: Bulletin of the European Bureau for Lesser Used Languages*, 8, 2-3 (1991).
- COAKLEY, John: «Political succession and regime change in new states in inter-war Europe: Ireland, Finland, Czechoslovakia and the Baltic Republics», *European Journal of Political Research*, 14 (1986), pp. 187-206.
- : «Conclusion: nationalist movements and society in contemporary western Europe», en John Coakley (ed.), *The social origins of nationalist movements*, Londres, Sage, 1992, pp. 212-230.
- DAVISON, Roderick: «Nationalism as an Ottoman problem and the Ottoman response», en William W. Haddad y William Ochsenwald (eds.), *Nationalism in a non-national state: the dissolution of the Ottoman Empire*, Columbus, Ohio State University Press, 1977, pp. 25-56.
- ELEKES, Desiderius: «Probleme der Nationalitäten-Terminologie und der Nationalitäten-Statistik», *Journal de la Société Hongroise de Statistique*, 4 (1940), pp. 302-318.
- ETHNOPOLITISCHER ALMANACH: «Materialien zur ethnopolitischen Länderkunde Europas», *Ethnopolitischer Almanach*, 2 (1931), pp. 137-167.

- EUROPEAN COMMUNITIES, COMMISSION: *Linguistic minorities in countries belonging to the European Community: summary report prepared by the Istituto della Enciclopedia Italiana, Rome*, Luxemburgo, Office for Official Publications of the European Community, 1986.
- FINLANDIA: *Statistical yearbook of Finland 1984*, Helsinki, Central Statistical Office of Finland, 1985.
- FRANCIS, E.K.: *Interethnic relations: An essay in sociological theory*, Nueva York, Elsevier, 1976.
- HAARMANN, Harald: *Elemente einer Soziologie der kleinen Sprachen Europas*, tomo I: *Materi-
lien zur Sprachökologie*, Hamburgo, Helmut Buske Verlag, 1983.
- JUNCHAHN, Otto: *National minorities in Europe*, Nueva York, Covici, Friede, Inc., 1932.
- KANN, Robert E.: *The multi-national empire: nationalism and national reform in the Habsburg
Monarchy 1848-1918*, 2 vols., Nueva York, Octagon Books, 1977.
- KOHN, Hans: *The idea of nationalism: A study in its origins and background*, Nueva York,
Macmillan, 1946.
- LAPONCE, Jean: *Languages and their territories*, Toronto, University of Toronto Press, 1987.
- REINICKE, Wolfgang H.: *Building a new Europe: the challenge of system transformation and
systemic reform*, Washington DC, The Brookings Institution, 1992.
- ROTHFELS, Hans: «Die Nationsidee in westlicher und östlicher Sicht», en Hans Rothfels y Theo-
dor Schieder, *Osteuropa und der deutschen Osten*, Colonia/Braunsfeld, Rudolf Müller,
1956, pp. 7-18.
- RUSIA: *Premier recensement général de la population de l'Empire de Russie 1897: relevé gé-
néral pour tout l'Empire*, 2 vols., San Petersburgo, Gospodina Ministra Vnutrennikh Del,
1905.
- SHOUP, Paul S.: *The East European and Soviet data handbook: political, social, and develop-
mental indicators, 1945-1975*, Nueva York, Columbia University Press, 1981.
- STATESMAN'S YEARBOOK: *The statesman's year-book for the year 1987-1988* (ed. John Paxton),
Londres, Macmillan, 1987.
- STEPHENS, Meic: *Linguistic minorities in Western Europe*, Llandysul, Gomer Press, 1976.
- STRAKA, Manfred: *Handbuch der europäischen Volksgruppen*, Viena/Stuttgart, Wilhelm Brau-
müller, 1970.
- TELEKI, Count Paul, y RÓNAI, Andrew: *The different types of ethnic mixture of population*,
Budapest, Athenæum, 1937.

John Coakley es profesor de Política en la Universidad de Limerick y vicepresidente del Comité de Investigación sobre Política y Etnicidad de la Asociación Internacional de Ciencia Política. Ha publicado ampliamente sobre nacionalismo y conflicto étnico, y ha editado The Social Origins of Nationalist Movements (1992) y The Territorial Management of Ethnic Conflict (1993).